

# La vuelta de Medina

## Con las camaradas que regresan del castillo de la Mota

Por F. F. BILLOCH

LAS estancias de la Escuela de Jerarquías —limpias, sencillas y alegres, con luz que entra a raudales por las ventanas abiertas sobre el paseo del Cisne—aparecen animadas por las camaradas que acaban de regresar de Medina del Campo. Estallan las voces, resuenan las risas y un sano optimismo pone en los rostros ese goce intenso y puro de los espíritus ganados por el ideal. Vísperas de marcha para sus puntos de residencia, la tarde es para ellas.

—Rosa, ¿estás ya?

—En seguida... Voy a cerrar la maleta— responde Rosa del Saz, sevillana.

Ahora es Caridad Pérez Galdós, de San Sebastián, que indaga:

—¿Dónde podremos adquirir esa tela?

—En cualquier tienda... Yo necesito unas medias. ¿Crees que es preferible comprarlas en Madrid?

—A lo mejor resultan más baratas.

—Yo compraré unas chucherías para mis sobrinillos— advierte otra camarada.

¡Tarde de compras! El encanto de vagar por Madrid; entrar en unas tiendas; dar el último adiós a tantos lugares gratos... Mañana saldrán todas para esparcir por los ámbitos de España las enseñanzas recibidas en el Curso Nacional de formación de Instructoras del Hogar, al que han asistido cincuenta y tres camaradas, maestras nacionales, procedentes de las cincuenta provincias. Pero no de capitales, sino de pueblos de marcado carácter rural o industrial. Una voz ordena:

—Esta misma tarde hay que ir a recoger los billetes en la Delegación Nacional, Almagro, 36.

Están listas ya los equipajes. En la maleta de cada una de ellas, cuidadosamente plegadas, la camisa azul y la falda blanca... Sin el uniforme, el traje de telas finas y gayas, el sombrerito coquetón o la redecilla, exaltan la gracia de su feminidad.

—Un momento: ¿qué impresión te llevas de la estancia en Medina?— indaga a una camarada a la que cierra el paso.

—¡La vida en el castillo de la Mota— respóndeme— es de una emoción!... Allí está todo saturado de un espíritu falangista tan elevado, de tan honda evocación de aquella gran Reina, que, francamente, tanto por el ambiente como por las clases de Nacional-sindicalismo, me he encontrado allí con un

mundo tan distinto, que mi ánimo se ha fortalecido por una reafirmación de nuestros grandes ideales. Ya ves: yo soy maestra de Alcalá del Río y allí estuvo José Antonio, quiero decir que es un pueblo de solera falangista. El alcalde y jefe local es un magnífico camarada, un camarada como hay pocos, y el pueblo todo es de un gran espíritu nacionalsindicalista. Y, sin embargo, la emoción de estos días pasados en el castillo de la Mota no la podré olvidar jamás.

Tercia en el diálogo una camarada de Orense: Amparo García Rodrigo.

—¡Ay, pero le tengo un miedo al púlpito!...

—¿Tú, miedo *ar púlpito*?— replica la anterior camarada, María del Carmen Moriel, acentuando con la espontaneidad su condición de sevillana—. ¿Tú, con lo bien que sabes hablar y esos versos tan bonitos que haces?

¡El púlpito! En el refectorio, mientras las camaradas están comiendo en un remedo de las normas monacales, una de ellas explica desde el pequeño púlpito del comedor el tema designado el día anterior. Una duda, sin embargo—mujeres al fin—brujulea en mi ánimo. Inquiero, medio en broma:

—¿Y... os aguantáis punto en boca?

Rápida, responde la maestra de Alcalá del Río:

—Somos disciplinadas... y comemos muy bien en silencio. Es que, créame, impone aquel ambiente: las oraciones por la mañana, la misa diaria y comunión de casi todas... Más tarde, la revista de cuarto. Cada una de nosotras, al pie de la cama, formadas, muy *limpitas*... Luego las clases de Religión, nacionalsindicalismo, de formación, pedagogía, economía doméstica, Hermandad de la Ciudad y el Campo... Todo con un fervor, un entusiasmo, un espíritu... Luego la ansiedad por los exámenes y la clausura, con asistencia de Pilar... ¡Qué lección más interesante nos dió la Delegada nacional el día de nuestra llegada!...

Y así esta camarada va recordando hechos y detalles de la vida en el castillo que cobijara a aquella gran Reina nuestra, que dió a España consignas eternas. Pero impacientes voces de llamada interrumpen la charla. Las camaradas salen y se pierden por estas calles madrileñas bajo un cielo con tintes melancólicos de un otoño prematuro...

